

Deliberadamente he hablado de "capítulo", dado que, en su continuidad, este libro puede leerse como una novela, aunque cada título, cada cuento, guarda autonomía y puede verse independientemente. Quizá en ello radique uno de sus mayores méritos.



Es un libro logrado en su aspecto narrativo, ya que mantiene alta la tensión del lector, atrapándolo y comprometiéndolo en una trama envolvente. Me quedan, sin embargo, varias inquietudes que me surgen al cabo de una relectura:

1. Me parece artificial e intrascendente, en el primer capítulo, el uso reiterado de una prolongación en las palabras a manera de eco ("Así empezaron a demolernos molernos lernos", etc.), queriendo quizá producir un tono juguetón pero que nada aporta y más bien molesta, justo en el primer capítulo. La mala literatura de los años setenta abunda en esos juegos verbales que se miran en equívocos espejos cortazarianos, por ejemplo.
2. Para remitir a ese antecedente ("Le dejó razón [el ingeniero] que puede venir con cien policías y no pagará el trabajo. Que le diga a su papá que se lo va a robar, que no joda más".) que marcaría la vida del muchacho como un rebelde, ¿no es exagerado (irreal) hacer que el hombre rico, caprichosamente, no le pague al padre un fino comedor que éste le había fabricado? Divide la historia en la improbable categoría moral de personajes buenos y malos, pero, además, con ingenua evidencia.

3. Este libro, siendo a secas un buen libro, ¿marca una pauta de lo que en Colombia se escribe hoy en terrenos del cuento?

Tiene que ser el mejor libro del concurso, puesto que el jurado es de gran idoneidad. Creo que deja una gran duda en cuanto a la calidad del cuento en Colombia, tomando como tamiz el concurso más apetecido y hacia donde apuntan los mejores creadores en todo el territorio nacional.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Sabiduría del tiempo

Tierra virgen

(prólogo de Tomás Carrasquilla)

Eduardo Zuleta

Carlos Valencia Editores, Santafé de Bogotá, 1996, 306 págs.

De Eduardo Zuleta sabíamos que era antioqueño furibundo, gran lector, diplomático y miembro de la Real Academia de la Lengua. Ahora, aunque ignoramos todavía qué voluntad inescrutable llevó a los académicos a contarle como uno de los suyos, sabemos que fue pésimo novelista y que tuvo la fortuna de ser prologado por don Tomás Carrasquilla.

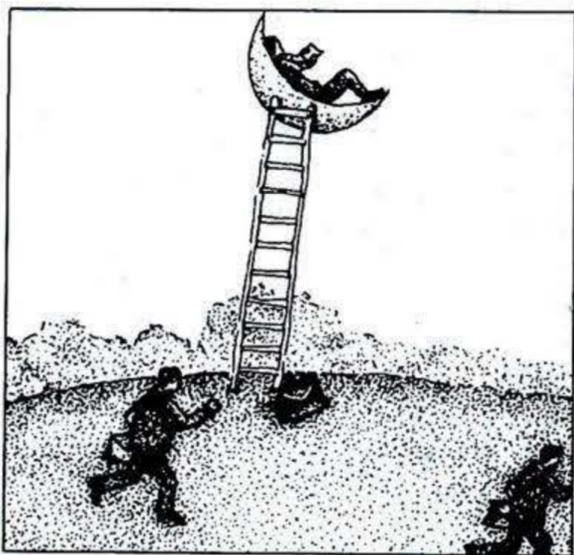
Pues, salvo la misteriosa utilización de la primera persona del plural, que lleva Carrasquilla a extremos imposibles y que quiere sin duda llenar de modestia la tónica de un texto a la vez presentación, defensa y apología, lo dicho es de una lucidez sin paralelo: revela al autor feliz teórico de la novela, y escritor seguro y firme en su credo estético. (Sabremos después que sólo una novela confirmó esas felicidades, pero eso es tema de otra historia). Cesa el prólogo, sin embargo, y entra el lector en el cuerpo de la novela, esa gran masa de torpezas, imprecisiones, artificios sin rumbo y hasta curiosísimas faltas ortográficas que harán las delicias de los cazadores de gazapos y que contribuyen, eso sí, a romper con la sempiterna monotonía.

La prosa de Zuleta es casi impúdica; y las desafortunadas construcciones que propone por poesía ocultan y casi borran los aciertos indiscutibles de algunos pasajes. Atiborrada de frases armadas —salvo que así resulten para el lector de este fin de siglo, y para el de entonces fueran novedosas—, ligera y fácil en la escogencia de las palabras, *Tierra virgen*, resulta, al cabo, debiéndoles su fragilidad a razones que están en otra parte: la intrusión permanente del autor, cuyas huellas metiches a través de la historia distingue el lector como las patas de un perro embarrado, hasta el momento en que la trama novelesca deja de ser cosa distinta de arena pública, directa y vulgar en su forma, aunque loable en sus ideas. Seguramente era Zuleta un filántropo, o por lo menos un optimista. No recuerdo una buena novela escrita por criaturas de estas especies.



No exijo que lo narrado se adhiera a mi inclinación por la autonomía, por la soberanía de una obra de la que el autor se evapora y queda arriba, indiferente hacia lo que pasa en su mundo y lejos de absoluciones o condenas. Hay, de hecho, libros maravillosos, como el *Tristram Shandy* o *Gargantúa y Pantagrufo*.

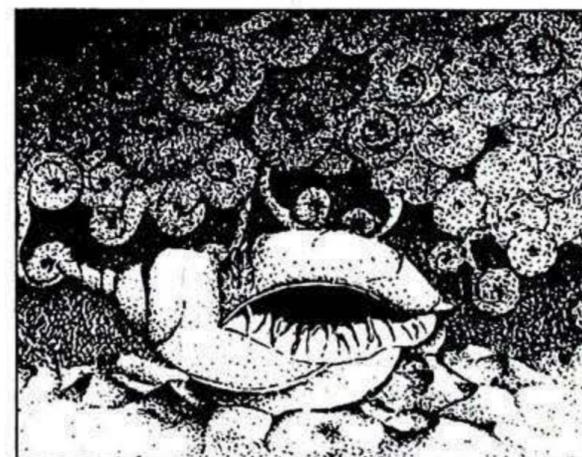
gruel, en los que la voz del creador se mete en el camino todo el tiempo. Stendhal ha sido un ilustre intruso de la novela: "El lector encuentra esta conversación larga: por lo tanto le hacemos gracia de más de la mitad, pues se prolongó dos horas más"; Diderot llegó a burlarse de su público: "Mientras el ganado pastó, el autor reposó algún tiempo y se puso a pensar en lo que diría en el segundo capítulo". Lo que escapa a Zuleta, que de paso era gran admirador de Flaubert, ese deicida, es la sutileza, la gracia para meterse en donde ya para su tiempo no es llamado. No le está prohibido al autor opinar en su historia; pero los riesgos que corre, si no lo hace con arte, resultan fatales: el paternalismo, siempre molesto para el que lee; la inverosimilitud sin atenuantes; la imposibilidad, en fin, de lograr lo que Coleridge llamó *la suspensión de la incredulidad*. Esa condición es un arma favorable del narrador, porque sin ella el libro y el lector nunca son uno. El lector no abandona jamás la noción de estar frente a una invención. Esto determina necesariamente la muerte de la obra.



Abundan los ejemplos de estas intromisiones. En cada página Zuleta explica lo que ya han actuado sus personajes, en cada página se queja —pero es él, no la novela— de la múltiple pobreza humana y de lo mezquino de los hombres. Subraya, insiste, repite: se nos vuelve incansablemente ubicuo, tanto, que nunca dejamos de pensar en él. Nadie piensa en Balzac al leerlo. Pero Zuleta está ahí, rellenándolo todo con sus simpatías y antipatías hacia los personajes, las únicas veleidades que otorgan algún tipo de continuidad a la no-

vela. Jamás se desprenden del escritor estas figuritas con nombre humano. Los dieciséis capítulos en que la novela ha sido dividida dan la impresión de haber sido orientados hacia la exposición, plagada de obviedad, de una moraleja o de varias, que además son extraordinariamente blancas, bonitas, llenas de florecitas primaverales. Ignoro bajo juramento en qué estaría pensando don Tomás (éste es uno de los pocos baches de su agudo prólogo) cuando declaró que *Tierra virgen* es una novela de las del arte por el arte (pág. 35). Lo ignoro, porque párrafos enteros son puestos de rodillas ante la necesidad zuletana de convencer al lector: estos personajes son malos, muy malos, éstos ya no tanto; éstos son los más amables. Pacho Quintero se pregunta acerca de su condición social, la de un criollo desfavorecido ante los descendientes directos de españoles. La cucharada antológica que mete su creador le tranquiliza: "Un aprendiz de psicología hubiera contestado las primeras preguntas de Pacho Quintero, así: 'Los que viven haciendo alarde de prosapia esclarecida, es porque no tienen más disculpa para estar en el mundo que los méritos de sus antepasados. Eso por una parte. Por otra, que los que hacen alarde de ciertas ascendencias es porque no saben la historia humana e ignoran, además, que el público tiene ciertos datos que no se guardan en los archivos de familia, y que sirven para castigar al soberbio, o para expiar culpas al mismo antepasado a quien se quiere hacer salir a la escena, sin venir a cuento' ". No hay que andar con lupa para adivinar que tales sacrificios responden siempre a falta de recursos, técnica elemental y extrañeza a los procedimientos novelísticos. Esas luces por cuya amplitud se cae el edificio de una novela no escapan al lector, en la mayoría de los casos, sino que se le lanzan a la cara. El último capítulo, ese monumental fracaso, combina la gratuidad en la intención con el moralismo virtuoso —pesimista contra optimista, nacionalista contra extranjero—, y el moralismo virtuoso con la singular incapacidad para el diálogo que el autor ostenta como un escudo de armas. Los amigos que hablan se dan turnos en la exposición de largas parrafadas (tres o cuatro páginas,

se toma cada uno al hacer uso de la gloriosa palabra), para debatirse sobre estas cuestiones. "Allá viven todos de la rutina", dice el extranjero. "¿Qué recuerdos gratos podrían despertar en mi espíritu la población abigarrada, grosera y salvaje de Colón; los fuertes derruidos, las palmas secas y tristes de Cartagena, las capas de arena de Barranquilla [...], el pueblo sucio y abigarrado de Bogotá, que consume toneles de chicha amarga y venenosa?" Y replica el nacionalista: "Pero no se remedian las cosas así. El camino es contribuir uno a que desaparezcan [los defectos colombianos], indicando los nuevos rumbos, las necesidades imperiosas a que hay que atender con preferencia, ilustrando a las masas e inclinándose hacia los humildes" (págs. 271-272). ¿Recuerda el lector al Ciudadano del *Ulysses*? ¿Nota el abismo?



Muy a pesar suyo, Zuleta tiene algunos aciertos. Evita, como apunta Carrasquilla, el costumbrismo fosforescente tan en boga por esos días; no le teme a la generación de personajes que son seres ordinarios, criaturas de todos los días; la intención de armarlos de cotidianidad es interesante, aunque fallida. Pero cada pequeña fortuna se rinde ante la frase tiesa, el epíteto lerdoso, las cadenas de redacción pesadillesca y de ideas desgraciadísimas: "Con la inocencia del que se siente atacado la primera vez por el impulso invisible que determina hasta la comunión misteriosa de los átomos que se buscan para confundirse empujados por fuerzas ciegas..." (pág. 56). "Los amigos —ya casados— que asistieron al matrimonio de Manuelito y Helena, se despidieron de ellos con la satisfacción que produce el refuerzo de elementos nuevos que entran como compañeros al

gremio encargado de la misión providencial de conservar la especie". (pág. 163). "[...] y buscaba los nidos de esas gallinas, generalmente copetonas, que esconden los frutos de sus entrañas en fuerza, sin duda, de algún pudor hondo y animal, que se escapa al análisis" (pág. 227). En la elección de estos botones he desechado cohortes enteras. Otros hay, como éstos, que provocando carcajadas imperiales aligeran de vez en cuando el peso de la lectura.

Menos pronto de lo que se hubiera deseado, la novela perpetrada por Zuleta se revela ilegible. Huir de ella es conducta por lo menos decorosa. En su comentario, Carrasquilla tuvo quizá buena voluntad, porque no olvidó la gran verdad y la última verdad literaria: la prueba del tiempo, juez absoluto que reivindica o destruye. "Si la novela es un harapo, se hundirá en la nada. Si es grande, la posteridad la recogerá". La nada, creo, ha recibido en su pródigo seno a *Tierra virgen*. Júzguela el lector presente, con el beneficio bendito de la distancia.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Las voces del estafalario Leo

El múltiple rostro de León de Greiff

Luis Suardíaz

Instituto Cubano del Libro y Editorial Arte y Literatura de la Universidad del Valle, Cali, 1995, 60 págs.

En un elegante y bien diseñado librito, el Instituto Cubano del Libro y la Editorial Arte y Literatura de la Universidad del Valle entregan el ensayo *El múltiple rostro de León de Greiff*, de Luis Suardíaz (Cuba, 1936), primer premio del Concurso Próspero Morales Pradilla, que se efectúa en La Habana, y cuyo fallo fue dado el 18 de julio de 1994 por los jurados Carlos Vásquez Zawadzki (Colombia), Armando Cristóbal Pérez (Cuba), Eduardo Heras León (Cuba) y Waldo Leyva Portal (Cuba).

En suficientes cincuenta páginas Luis Suardíaz le rinde un homenaje cálido y amigable al poeta antioqueño que, como él mismo lo anota, le deparó gran influencia en su propia poesía y por quien sintió admiración, antes y después de conocerlo personalmente.



Sin ser muy exhaustivo, el valor del ensayo radica, fundamentalmente, en la mirada panorámica que el autor extiende por las épocas literarias que le tocan vivir al poeta, tanto nacional como internacionalmente, y de donde, muchas veces sin proponérselo, se desgranar sus poemas, o, mejor, el tenor de sus poemas.

Esos recuentos, poco académicos y sí bien ubicados y bien hilvanados, se constituyen en una ayuda para el lector que aún no ha entrado de lleno en la obra de León de Greiff. Una ayuda que, aunque no solicitada, es siempre mejor tener a la mano. Máxime si se trata de una figura como la del autor de *Tergiversaciones*, irreverente, transgresora, locuaz, que poco o ningún valor les daba a las tradiciones y las escuelas.

Dice Suardíaz al comienzo del cuarto capítulo: "Ha sido tal el desconcierto, aun entre atinados críticos y buenos lectores, ante la compleja poesía de León de Greiff, que a veces se olvida su costado más directo, el más ganado por un nuevo, peculiar romanticismo, cerca del mejor Darío, aunque deudor también de la nueva lírica, pero, en todo

caso, accesible a los lectores, a los oyentes de poesía, numerosos y ávidos; ignaros no, sino apegados a músicas ya establecidas" (pág. 43).

De Greiff es uno de aquellos poetas de los cuales suelen contarse más historias, anécdotas, datos biográficos, y hacerse más denuestos o panegíricos, que leerse con verdadera atención.

Quizá ello lo explique, por un lado, su propio gusto de polemista, excéntrico y gozón desacralizador y, por el otro, la vastedad y el particularísimo tono de su obra, en muchas ocasiones sacrificada en pos de la sola musicalidad. Lo anterior no justifica las pocas críticas clarificadoras de su obra, tanto en verso como en prosa. Ese silencio (y confusión) ha sido interrumpido, entre otras, por voces como las de Fernando Charry Lara (verdadero faro de nuestra poesía) y Juan Gustavo Cobo Borda, quienes han aclarado importantes aspectos de la poesía degreiffiana y han llamado la atención sobre su real trascendencia en la historia y la vida de nuestra literatura.

Es por ello que el ensayo de Suardíaz resulta, si no decididamente revelador, sí refrescante. Es una mirada desde afuera, exenta de apasionamientos superfluos, y que se interesa por entregar una mesurada imagen de quien ha sido objeto de mucha algarabía.

En cinco capítulos el escritor cubano nos hace un recorrido, desde sus comienzos, por la poesía y la vida de De Greiff, como quien cuenta la historia de un cercano amigo. Son estos capítulos: Aventuras y fábulas de un tergiversador, Antioquia tuvo que ser, Un narrador a la altura del verso, Una rosa fue testigo de la hiriente soledad y La hora de los testimonios.

